

CAPITULO CCXXXIV.

En que se trata cómo se fundó la iglesia del convento de Tzacoalco, y otra carta que escribió el virrey D. Luis de Velasco al Dr. Santiago de Vera.

Año de 1595. Aunque atrás queda referido que el P. Fr. Miguel Lobato ^{Fray Miguel Lobato.} fué el primer religioso que hizo la iglesia y convento de Tzacoalco, ^{Tzacoalco.} hase de advertir que fué la primera que tuvo aquel pueblo, la cual era una iglesia pequeña, y no con la grandeza que hoy tiene, porque ésta la comenzó el P. Fr. Pedro de la Cruz, siendo guardián de dicho pueblo en el año de 1595, en cuyo tiempo se abrieron los cimientos con mucho fundamento, ^{Fray Juan de Abrego.} lle-
nándose de piedra y cal, y se prosiguieron las paredes de adobe, por haber faltado la cal; y estando de altos de tres ó cuatro estados, fué por guardián el P. Fr. Juan de Abrego, grande obrero, y prosiguió la iglesia hasta cubrirla.

En el mismo año los indios de las fronteras de Acaponeta pidieron con muchas peticiones al P. Provincial, que era Fr. Clemente de la Cruz, que les enviase al P. Fr. Andrés de Medina porque muchos gentiles se querían bajar de la sierra y bautizar, y que los padres que allí estaban no tenían inclinación é industria para poblarlos y acariciarlos, de que padecían mucho desconsuelo. El P. Provincial les respondió que por entonces no podía ser porque era guardián de Tzapotitlán, y otras cosas que les dijo para consolarlos; mas ellos acudieron con otras peticiones al comisario general, que era Fr. Bernardino de Sant Sebrian, por entender que, como superior, acudiría á su petición. ^{Acaponeta.} El comisario les respondió que estaba de camino para Mexico, que acudiesen al Provincial. Volviéronse á su tierra y el capitán Juan Ochoa Arámburu, que estaba por alcalde mayor en Acaponeta, que deseaba ver allá al P. Medina por conocer su inclinación á las conversiones, á que el dicho

^{Fray Andrés de Medina.} capitán era muy inclinado, aconsejó á los indios que se fuesen á la Audiencia Real de la ciudad de Guadalajara, la cual mandaría inviasen luego al P. Medina, y con peticiones y cartas del dicho capitán fueron los indios á la Audiencia, la cual remitió las peticiones y cartas al Provincial, el cual respondió, que era guardián de Tzapotitlán y que por esta causa no podía ir. Con esto se volvieron los indios á su tierra, y perseverando en su intento, se juntaron otra vez setenta indios con un principal de ellos, y con peticiones y carta del capitán, fueron á la ciudad de México, á pedir al virrey mandase les diesen al P. Fr. Andrés de Medina, el cual los recibió muy bien, los regaló y animó á su buen propósito, y les dijo se volviesen á su tierra, repartiéndoles doscientos pesos de ropa y otros ciento para su matalotaje, y que él haría se fuese luego el religioso que ellos pedían; y con esto escribió al provincial y difinitorio á una junta que se hacía en el convento de Tuchpan, ^{Tuchpan.} que enviase al P. Medina á Acaponeta, porque lo pedían con mucha instancia aquellos indios, y aunque los padres provincial y difinidores vieron el mandato del virrey, por ver la mucha ocupación que el P. Medina tenía de presente en aquella guardianía y lo mucho que en la conversión de los infieles se había ocupado, quisieronle excusar con su excelencia, y así le escribieron que el capítulo venidero le enviarían allá porque al presente estaba muy ocupado en obras de mucha importancia; por lo cual volvió á escribir á los superiores que luego enviase al P. Medina á Acaponeta, que así convenía al servicio de Dios y de S. M. por relaciones que había tenido, y que pusiesen otro para que acudiese á lo que el P. Medina, y así se hizo y escribió en esta razón al presidente Santiago de Vera, que es la siguiente:

CARTA.

“Luego que recibí la que trajo el P. Fr. Andrés de Medina, guardián de Acaponeta, con el memorial del capitán Jerónimo de Arciniega y suyo, de los medios que se podían poner en la conversión y quietud de los indios chichimecos que en aquella

provincia andan rebelados, mandé que se llevase á el acuerdo de hacienda, donde, habiéndose visto y tratado que el de mayor importancia es traer á esta gente á poblar en las tierras llanas donde fuesen doctrinados y con comodidad se les administrasen los santos sacramentos, se decretó de que en esta ciudad se compren por el factor Pedro de los Ríos y se despachen en la recua de Francisco Ramírez, cuatrocientos sombreros y doscientas coas, y veinte y cuatro hachuelas, y diez y ocho rejas de arar, y ciento y cincuenta pesos de sinabajas para hacer cobijas á las indias, conque ellas y los varones, gozando de esto que se les dá graciosamente, vengan á reconocer el bien que se les resulta de quietarse y recibir la doctrina evangélica, y lo que más se advierte por el memorial y pide se provea para dar buen fin á este negocio, se remita á Vm. como á quien por la comisión que ella tiene y cercanía para entender lo más conveniente, podrá mejor acudir á proveer en lo que yo lo dejo, y para esto envió el traslado del mismo memorial, que supuesto ser la obra tan del servicio de Dios y bien universal y para seguridad de los que por aquella provincia caminan á la de Culiacán y Nueva Vizcaya, la favorecerá Vm., y á los ministros que de ella tratan; y siendo tan necesaria la asistencia del capitán Arciniega, podrá Vm., conformándose con la comisión, señalarle salario competente para que no desampare los religiosos, antes les ayude á hacer las congregaciones que en orden de esto fundaren, animándole y favoreciéndolo para que lo haga con el celo que piden estas obras.—Guarde Ntro. Señor á Vm. etc. y de México 5 de Octubre de 1595 años.—*D. Luis de Velasco.*—Al Dr. Santiago de Vera, del Consejo de S. M., presidente de la ciudad de Guadalajara y Audiencia Real de Xalisco, virrey.”

Escribió también el virrey al padre Fray Andrés de Medina exhortándolo á que fuese y se viese con el obispo de Guadalajara y con el presidente Santiago de Vera, á quien tenía escrito le aviase de todas las cosas necesarias para su viaje y aquellas conversiones, y el provincial y difinidores también le escribieron y exhortaron á que fuese; y obedeciendo á su

mandato se fué luego el padre Medina á la ciudad de Guadalajara, donde se vió con el obispo y presidente, el cual le dijo que el capitán Juan de Ochoa Arámburu, era muerto, que viese quien quería que fuese por capitán y alcalde mayor de aquella tierra, para el buen acierto y comodidad de las conversiones, y él respondió que le parecía sería muy á propósito el capitán Jerónimo de Arciniega, que actualmente era Alcalde mayor de las minas de Ostoticpaque, y luego el presidente hizo el nombramiento y despachó el título, y con esto se fué el padre Medina á Acaponeta aviado de las cosas que tuvo necesidad.

Llegado que fué á Acaponeta y visto el punto en que las cosas estaban, envió dos indios principales y intérpretes á avisar á aquellos indios gentiles, circunvecinos de Acaponeta, de su venida, que los quería ver y hablar, y que para esto sería bueno que se juntasen en un puesto que les señaló en la sierra, cinco leguas de Acaponeta; á lo cual los principales de las rancherías le respondieron que fuese en hora buena.

CAPITULO CCXXXV.

En que se prosigue la materia del pasado.

Para el día señalado fué el Padre Medina á verlos, y hallando más de doscientos indios gentiles, le recibieron con mucho amor, á los cuales trató de su conversión, y que se bajasen á poblar á los llanos, y que les prometía muchas buenas comodidades, y principalmente la que tenían para la salvación de las almas. En conclusión, todos dijeron que se bajarían, y estándoles predicando y tratando de estas cosas sobredichas, se es-

tuvieron tres días en concertarse, y al fin más de ciento se bajaron á un pueblo que se fundó llamado Mamorita, junto á Acaponeta, y otro llamado San Sebastián Guaxicori, y otro Ontetitlán, que los dos tenían cien indios y más de otros sesenta que se bajaron á Quibiquinta. Volviose el padre Medina á Acaponeta concediéndoles los quince días que pedían de término para bajarse, dentro de los cuales se bajaron é hicieron sus iglesias; y estos y otros muchos que en numero pasaban de doscientos y cincuenta que el padre Medina fué á hablar á la sierra de Quibiquinta, y se poblaron en este pueblo dicho más de doscientos indios casados; en el de Tlachichilpa más de otros ochenta, y de los de Totorame, que había muchos alzados, trajo el padre Medina más de cuarenta á Quibiquinta, y fundó otro pueblo en San Francisco del Caimán, con otros setenta; y esto fué en tan breve tiempo, que mediado junio estaban ya asentados y poblados, con sus casas é iglesias los dichos pueblos. Con esto el padre Medina, como hombre tan inclinado á la conversión de las almas, muy contento de lo que el Señor obraba, le dió infinitas gracias, y luego comenzó con mucha diligencia á catequizar é instruir en la fé los indios recién bajados de estos tres pueblos, ocupándose continuamente en esto personalmente con indios ladinos que tenía por intérpretes. Le pareció que estaban ya bien instruidos en la fé, y por fin de julio, que se hacía ya tiempo de ir á capítulo, comenzó á bautizar toda aquella gente, presente el capitán Arciniega, que era recién ido, y chicos y grandes se bautizaron aquellos días mil y doscientos, y dejándolos muy contentos y con sus maestros de doctrina, encomendados á su compañero Fray Alonso de Cuellar, que fué hombre muy apacible é inclinado á las conversiones, se partió para el capítulo llevando relación suya y del capitán Arciniega para procurar en México del virrey las cosas necesarias para las dichas conversiones, y así llegando á capítulo y con licencia del comisario general, Fray Pedro de Pila, pasó á México á verse con el virrey, el cual gustó mucho de verle y conocerle, y enseñándole la relación que llevaba con firma suya y del capitán, le proveyó de mu-

chas cosas de las que dicho padre le pidió, que montó más de nueve mil pesos de sayales, sombreros, sinabajas, retablos, campanas, hachas, coas, cuchillos, salarios para once maestros de doctrina, y con esto se volvió de México á Acaponeta.

Llegado que fué, mediado el mes de noviembre, halló toda la gente quieta y pacífica, y visitando estos pueblos sobredichos y los demás pueblos de gente ya antigua en la fe, el resto de la seca revolvió sobre los pueblos de Motaja, San Francisco, Soyamota, Maya y Teponahuastla, que la primera vez que allí fué guardián había reducido; y hallando que mucha gente de aquella, se había vuelto á la sierra, se fué allá y anduvo más de un mes ocupado procurando bajar y reducir los que á la dicha sierra se habían ido ya bautizados; y es mucho de notar que las dichas conversiones fueron de mucho trabajo para los ministros que allí se ocupaban andando á pié por todas aquellas sierras, no una, sino muchas veces, pasando grandes hambres y malas comidas, y muchos no tenían permanencia entre los fieles y era menester muchas veces irlos á buscar y á bajar por quitarles los ídoios, y particularmente era menester mucho cuidado, por estar metidos entre otros infieles, y cada día era necesario verlos por quitarles muchos ritos y ceremonias que tenían, y así el padre Medina pasó muchísimos trabajos, y juntamente por la incomodidad de la sierra; y al fin estuvo esta vez nueve años de un golpe, y en este tiempo doctrinó y enseñó á muchos muchachos que tenía en escuela, que de ordinario tenía cuarenta ó cincuenta que servían después para cantores en toda la tierra y frontera, donde no los había, y para que también sirviesen de doctrineros, como servían.

En este tiempo también fundó el padre Medina otro pueblo junto á Acaponeta con sesenta indios, llamado San Gabriel, y cinco leguas de Acaponeta otro, llamado San Pablo, con más de setenta indios, y les puso maestros, imágenes y campanas; y también pobló las Milpillas, y sobre tres indios que halló allí, puso otros ochenta que sacó de la sierra, de á diez y doce leguas; púsoles maestros y catequizólos; y después de muy bien instruidos, los bautizó en el año de 96. Siendo provincial

el padre Fray Juan López, fué á visitar aquella provincia de Acaponeta y llegó hasta Quibiquinta, y visto que había muchos indios en aquellos pueblos que el padre Medina había fundado, cuando volvió trató con los padres de fundar allí un convento y que se le adjudicasen otros cinco pueblos, porque la guardianía de Acaponeta tenía veintisiete pueblos y todos los administraba el padre Medina con mucho trabajo, porque en tiempo de nueve años no tuvo compañeros, sino fueron tres que, en veces, estuvieron con él dos años.

Determinó el padre provincial que el padre Medina fuese á poblar y fundar aquel convento, donde fué y hizo iglesia y parte del convento en el lugar donde estuvo cuatro años, y doctrinó toda aquella gente, que era de nación tepehuana, y estuvo allí hasta que por su poca salud y trabajos que había tenido renunció tres veces todas aquellas conversiones y guardianías habiendo hecho por sus propias manos las iglesias, por ser los indios tan poco ladinos y no haber albañiles entre ellos.

En este año la Nueva Cáceres, en Filipinas, Nombre de Jesus, Otzebu y la Nueva Segovia, fueron hechos obispaes y se le dió título á la ciudad de Manila de cabeza de las Filipinas y que goce de los privilegios de todos los que son cabeza de reinos.

Año de 1596. En Tlaxomulco hizo el dormitorio grande el padre Fray Antonio de Roa, y fué por guardián de Tzapotlán el padre Fray Alonso de Bribiesca, y compró la cruz magna y la imagen de bulto de San Diego; y en su tiempo se quemó el hospital, y hubo una gran enfermedad de hinchazones en todo el reino de la Galicia, de que murieron muchísimos, y por haber andado siempre falto de salud, el obispo Don Francisco Santos García se fué á México á curar y murió á 28 de junio del año de 1596 habiendo ido á su obispado el de 94, y por su muerte fué electo en obispo de la Galicia un religioso de la orden de San Jerónimo; consagróse y renunció el obispado; y en este año se dió escudo de armas á Manila, con jurisdicción de cinco leguas en contorno, y el corsario Francisco Draque murió de enfermedad en Puertobelo.

Obispo de Guadalajara murió en México.

CAPITULO CCXXXVI.

En que se trata cómo fué presentado por obispo de la Galicia, Don Alonso de la Mota, y cómo se dió ministro de doctrina al pueblo de Teocuitatlán.

Año de 1597.

Don Alonso de la Mota y Escobar tuvo por patria la ciudad de México, y por padres á Antonio de la Mota y á Doña Francisca de Orduña y Luyando. Fué Dean de las santas iglesias de Mechoacán, Tlaxcala y México, y la majestad de Felipe II le presentó para el obispado de Guadalajara, en 22 de octubre de 1597, por muerte del Dr. Don Francisco Santos García.

Hasta este año el pueblo de Teocuitatlán fué doctrina del convento de Atoyac, y fué por primer vicario y presidente el padre Fray Andrés de Aldana, y de pocos tiempos acá se ha hecho guardianía.

Los indios del pueblo de Teocuitatlán tuvieron en su gentilidad en unos montes que caen á la parte del sur de este pueblo, como cuatro leguas, un ídolo pequeño de plata y oro, al cual los indios llamaban en su lengua materna, Tzepatl, y se lo llevaron los primeros españoles que entraron en el dicho pueblo, en la Conquista. Tiene á un lado una serranía muy alta que corre de Oriente á Poniente, y á las espaldas de esta serranía, hacia la parte sur de dicho pueblo, está la gran laguna que llaman Mare Chapalicum, que es la de Chapalac tantas veces referida. En esta serranía hay una cueva y en ella una piedra grande, á la cual todos los indios de la provincia de Avalos iban á consultar en sus necesidades y le ofrecían fructos y calabazos de tachictli, que es el agua miel que sale del maguey, y echándole sobre la piedra se lo bebía, y les respondía sin ver ellos quien hablaba. Algunas veces les decía: "¿Qué es lo que quereis, hijos? Dadme de beber, porque vengo muy

cansado." Algunas veces le pedían les diese agua porque se secaban sus sementeras, y él les decía que se fuesen aprisa, porque antes de llegar á sus pueblos había de llover mucho, y tal vez sucedió que antes de bajar del cerro lloviera. Cuando echaban el vino tachitli sobre la piedra, se consumía haciendo ruido al beberlo, como si entrara en algún chiflón ó hozara ganado de cerda; otras veces se les aparecía un viejo que en su lengua, que es coca, le llamaban Cocal, los hablaba y consolaba, y algunas veces les decía lo que les había de suceder.

CAPITULO CCXXXVII.

En que se trata cómo se trasladó el cuerpo del santo obispo Don Francisco de Mendiola á la ciudad de Guadalajara, y otras cosas.

Año de
1598.

Murió en la ciudad de Tzacatecas el santo obispo Don Francisco de Mendiola el año de 1576, y el de 98 fué trasladado su cuerpo á la ciudad de Guadalajara, habiéndole hallado entero después de veintiun años de sepultado y en parte húmeda; y lo que admiró de su incorruptibilidad, fué la de su pontifical y testificó el virtuosísimo Fray Diego de Villa, sabio religioso del glorioso San Agustín, el cual predicó á las honras de su traslación, que pretendió quitarle una trenza del roquete y no pudo sin valerse de unas tijeras, y que el cuerpo estaba muy oloroso, y que el maestrescuela Don Bernabé López le lavó con vino el rostro por quitarle algún polvo y se empañó algún tanto. Está su cuerpo al lado de la catedral nueva; sus

heroicas virtudes y santa vida pudieron dar margen para que se escribiese mucho de él; pero el descuido de los hombres las echó en olvido con las de otros prebendados virtuosísimos que tuvo aquella santa catedral, y las de muchos religiosos apostólicos varones que acudieron á la conversión de aquellas gentes. Fundó este santo prelado un colegio donde se enseñasen manebos y acudiesen al servicio de la Catedral, el cual se deshizo por haber ido á aquella ciudad los padres de la Compañía, que acudieron á dar estudio á los colegiales, y hoy le dan á los hijos de los vecinos y á todos los que acuden de otras partes.

En ocho días del mes de mayo de 1598, los padres del Carmen, que entonces habían poblado en aquella ciudad por los años de 1598, aunque después despoblaron, trataron pleito con los padres de la Compañía de Jesús ante el Cabildo de aquella santa iglesia, sobre la anterioridad y prioridad, alegando los padres del Carmen que era más antigua su religión, y los de la Compañía que su convento; y el Cabildo los remitió á que Su Santidad lo declarase.

Carmelitas.

En cuatro días del mes de septiembre, envió el Cabildo á Don Bernabé López, maestrescuela, para que fuese á dar la norabuena al Sr. Dr. Don Alonso de la Mota y Escobar, dean de la santa iglesia de México, electo obispo de Guadalajara, y en siete días del mes de septiembre, el dicho Don Bernabé López, habiendo venido con poder del dicho obispo, tomó posesión del dicho obispado.